

CIUDAD, SÍMBOLO DE VANIDAD Y PODER

Empecemos por Roma

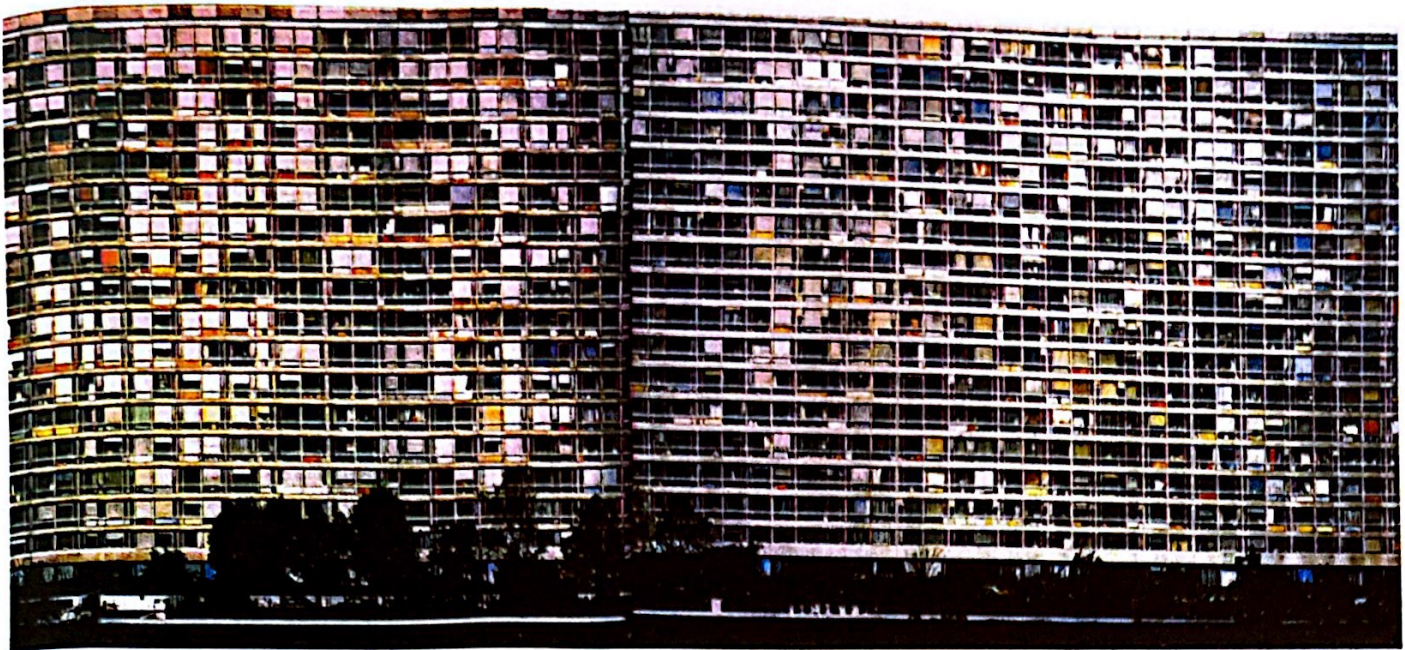
Fernando Chueca Goitia

En Roma la ciudad lucha entre la mejor herencia griega de la virtud y la austeridad y la fuerza de una realidad política diversa que es necesario exaltar y conmemorar. Por una parte, Tito Livio decía de Roma que «no hay ninguna plaza en esta ciudad que no esté impregnada de religión y que no esté ocupada por alguna divinidad... los dioses, la habitan», lo decía seguramente sintiéndose el heredero del especial carácter sacral que para el griego tenía la ciudad al incorporar a su cuadro la presencia humanizada de sus dioses; pero por otra el sistema imperial romano produjo la peligrosa, pero acaso inevitable costumbre, por la misma dinámica del sistema, de elevar a los emperadores a la condición de dioses, con lo cual prevalecía de nuevo la desmesura oriental.

Roma empezó a ser un juguete en manos de los emperadores y los poderosos. En Roma los planteamientos colosistas que se habían iniciado en el mundo helenístico adquieren un desarrollo considerablemente mayor y sobre todo se convierten más explícitamente en instrumento de un designio político. La ciudad monumental y despótica, manejada como un grandioso juguete por las clases dominadoras.

A la ciudad real se superpone otra ficticia que, desoyendo las miserias de aquélla, despliega y exhibe la grandiosa parafernalia de sus foros,

templos a los emperadores divinizados, basílicas, termas, palacios, coliseos, anfiteatros, teatros y circos. Es una ciudad lúdica donde el emperador no sólo se divierte dando rienda suelta a sus deseos megalománicos, sino que hace divertirse a sus súbditos, no para mejorar en los juegos y ejercicios su estatura física y moral, sino para excitar sus pasiones y hacerlos más dóciles a sus designios. No para que el juego sea actividad sino espectáculo, como sucede hoy con el espectáculo deportivo de masas, nuevo y eficaz opio del pueblo. La ciudad imperial romana es en gran medida una ciudad artificial, un arte-factus o por lo menos un artefacto superpuesto a una ciudad real o natural cuyas lacras trata de esconder. No es, desde luego una ciudad virtuosa —virtuosa de virtudes cívicas— aunque no sabemos del todo si es una ciudad inmoral, porque esto es un asunto bastante delicado y problemático. El deseo de monumentalizar, de crear y ordenar grandes espacios que impresionen por su majestad y simetría pueden ser en sí pernicioso si se desatienden otras realidades sociales y otros beneficios públicos, pero tampoco se puede condenar con un espíritu puramente utilitario todo aquello que represente un lujo vital permisible a los poderosos que se convierten, muchas veces, en agentes inconscientes de una trascendental misión como intérpretes de algo que está



La especulación del suelo ha llegado a tales extremos. Pisos de un bloque de la clase obrera. París-Montparnase (1993). Andreas Gursky.

por encima de ellos y a la vez en aparente contradicción con los que soportan sus veleidades.

Por lo tanto el capricho de muchos emperadores, que hicieron de sus ciudades, de Roma especialmente, un costoso juguete no se sabe si a la larga fue el testimonio más brillante de una civilización, que tuvo en su momento que deplorar y sufrir múltiples inconvenientes y desventuras. Cuando los Césares expropiaban, destruían, terraplenaban, allanaban terrenos para convertirlos en ágoras inmensas donde levantar sus triunfales monumentos, sus obeliscos y columnas, no cabe duda que atropellaban humildes y respetables intereses, destrozan viejos lazos afectivos y familiares y sembraban al mismo tiempo la miseria sin conseguir aparentemente otra cosa que una vana glorificación de sus personas.

Si la historia está llena de tantos anatemas y condenaciones, de tanto clamor, e indignación contra aquellos poderes que hicieron violencia contra el pueblo resignado e impotente, esa misma historia está luego necesitada de la obra de aquellos prevaricadores para fundar con ejemplos palpables y palmario lo más sublime de su filosofía y para demostrar que esa historia ha tenido un motor espiritual de orden superior.

¿Podemos considerar el Monasterio de El

Escorial como un capricho o gigantesco juguete en manos de un extraño monarca que en los tiempos modernos resucita algo de la mentalidad arcaica, la magia y el poder carismático de los sátrapas orientales? El Monasterio ciertamente es, o mejor dicho era, un gran juguete, un gigantesco aparato de relojería, para coordinar las efemérides terrenas con el ultramundo. Desde allí se disparaban con tensión litúrgica del más solemne estilo, con regularidad ceremonial y con pulcritud cronológica, los oficios de difuntos que iban a asegurar la salud del alma, la redención de las penas y el disfrute de la bienaventuranza a las personas reales de una numerosa familia dinástica.

Para ello hubo necesidad de muchos dispendios —el juguete funeral era muy caro— que trajeron consigo quebrantos a la hacienda y no pocos conflictos que hoy llamaríamos de orden laboral, de los que don Ramón Carande y otros historiadores de la economía nos han dado cuenta. Era, pues, El Escorial, con ojos miopes de cortos alcances, una empresa condenable que no traía ningún beneficio a los súbditos de un monarca obseso y alucinado, que quería dejar constancia de su fe en forma indeleble. Podríamos encontrar cientos de acerbas críticas de los contemporáneos de Felipe II, que, sin embargo, para ser pulverizadas no



La ciudad bajo el capitalismo ha caído en manos de grupos financieros especuladores con fuertes intereses económicos. Sao Paulo. Geographical. Junio 2000.

requieren ningún razonamiento —es más, la razón está al lado de ellas— sino la simple contemplación del propio monumento que se justifica a sí mismo por encima de los quebrantos de sus súbditos. Es la gran lección que nos ofrecen ciertos fenómenos artísticos difíciles de descifrar porque sobrepasan en su último sentido las motivaciones concretas que les dieron vida. Por eso es tan difícil aplicar en estos casos valoraciones de tipo ético y menos a partir de conceptos simplistas ni fórmulas maniqueas. No olvidemos, tampoco, que estas empresas colosalistas producían puestos de trabajo y daban de comer a multitud de operarios.

En este sentido la labor urbanística de los

emperadores romanos, debido a sus múltiples contradicciones, a sus enormes contrastes entre el lujo y la miseria, entre el esplendor de los edificios públicos y sus solemnes orquestaciones arquitectónicas para glorificación del Estado y la miseria, hacinamiento, insalubridad, en la que se veían obligados a vivir no sólo la plebe sino incluso los ciudadanos menos pudientes, no puede sino condenarse sin paliativos. No encontramos la virtud, la *areté* que resplandece en los mejores momentos de la polis griega sino una urbe donde reinan los contrastes más crudos y las injusticias más flagrantes como resultado de una política de prestigio y autoridad que todo lo sacrifica el sentido hegemóni-

co, pero Roma, tiene también aspectos que la ennoblecen y la redimen. No es, por lo tanto éticamente condenable en masa y el legado urbanístico de Roma no sólo no se rechazó por la posteridad sino que incluso fue considerado como un ideal, evidentemente inasequible en tiempos de postración pero siempre acariciado como una meta. Así lo demuestran los modestos intentos de Carlomagno en Aquisgran y los planteamientos urbanísticos del Renacimiento, de la Corte Papal durante el barroco o de las capitales de los grandes Estados europeos en sus momentos de mayor esplendor, siempre sobre todo cuando un poder fuerte y hegemónico quiso dar prueba palpable de su existencia. En cualquiera de estas circunstancias nos encontramos con que la ciudad se convierte en el gran juguete de los poderosos, sin duda porque el juego no es sólo privilegio de los niños sino algo que el hombre ha heredado de su estructura infantil y de lo que no puede desprenderse sino cuando la vida le ha privado de todo aliento, de toda esperanza y de toda posibilidad. Por eso los poderosos, los que todo lo pueden y lo poseen son, aunque nos parezca paradójico, aquellos que pueden en determinadas ocasiones prolongar más su estructura infantil y gozar de la delicia de seguir disfrutando del juguete como estímulo o aliciente vital.

Hoy en día nos hemos dado cuenta de hasta qué punto el hombre maduro ha encontrado en el automóvil un juguete que ha prolongado su existencia infantil. Creo que en esto radica en buena parte el aliciente del automóvil para tantos y tantos hombres oscuros y desilusionados que, gracias al nuevo juguete a la medida de su edad y sus circunstancias, han vuelto a las alegrías ingenuas de la infancia. No hay más que ver como cuidan, limpian y adornan el automóvil con sus propias manos convirtiéndolo no en un objeto de uso, sino en un objeto de juego. Todos tenemos el recuerdo de cuando, ilusionados por un nuevo juguete, lo acariciábamos, lo mirábamos y remirábamos y movidos de un instinto de amorosa posesión con-

sagrábamos este sentimiento llevándolo a la cama con nosotros. Hoy en día pienso que el hombre con automóvil nuevo si pudiera se lo llevaría a la cama.

Como arquitecto he tenido también la experiencia frecuente de que la persona o la familia que puede hacerse una casa, transfiere a la construcción de esta casa propia muchas de las vivencias o sentimientos de su remoto pasado infantil. La casita de campo es otro de los juguetes que el hombre adulto puede permitirse hoy cada vez en mayor escala. Juguete que participa de las resonancias de aquellas construcciones que le entretenían de pequeño, lo mismo que el automóvil responde a los juguetes mecánicos y que como aquéllos termina al fin por ser descompuesto y desarmado por el placer de urgar en su interior y ver lo que sus tripas encierran.

En la misma línea, pero en una escala naturalmente mucho mayor y de más grave responsabilidad, el hombre ha tenido como máximo juguete la construcción de la ciudad, el más fabuloso juguete que puede envanecer a un hombre o a un grupo de hombres poderosos. ¿No es esto una afirmación extremada puesto que la ciudad es algo que excede por su complejidad a la acción individual de un hombre solo o de un grupo de hombres? Es evidente que estamos ante algo extremo y que generalmente no se trata —son casos muy raros— de una ciudad entera, sino de transformaciones y reformas parciales en ciudades existentes que en alguna ocasión son tan considerables que afectan mucho a la ciudad como un todo. Es lo que hicieron los emperadores sobre Roma en la que, como sobre un palimpsesto, escribieron sus grandes «tiradas» arquitectónicas.

Es cierto que esta estampación de estructuras artificiales sobre el cuerpo vivo de la ciudad fue debida en la mayoría de los casos a sistemas de poder autoritario y realizada por quienes gozaban de un poder absoluto capaz de llevar a cabo estas empresas con miras de prestigio y propaganda política. De estos hay bas-



La contaminación industrial ha llegado a extremos de degradación insostenible a las ciudades anarco-capitalistas. *Geographical*. Enero 2000.

tantes ejemplos en la historia y quizá los últimos monarcas que con este espíritu llevaron a cabo grandes realizaciones de tipo monumental, para lustre y magnificencia de sus cortes, fueron los del período barroco a partir de Luis XIV y todos los príncipes europeos que le imitaron, sobre todo en las Residenzstädte alemanas. ¿Puede considerarse esta estampación de grandes módulos urbanísticos con un criterio cortesano y ceremonial como algo que va contra la ética que debe presidir las realizaciones urbanas por tratarse de un capricho que desdén de las realidades sociales? No es tan fácil de juzgar ni menos de condenar. Muchas de estas realizaciones son hoy orgullo de ciudades como París, Versalles, Dresden, Praga, Karlsruhe, Nancy, Copenhague, Bath, Aranjuez, La Granja, etc. Y constituyen sin duda un valioso legado cultural. La ciudad no debe ser sólo una máquina funcional donde se cumplan las nece-

sidades de la sociedad en todos los niveles, sino así mismo un cuerpo investido de un sentido espiritual que en muchos casos pueden proporcionarnos los legados históricos, acomodando las viejas estructuras a las nuevas formas de vida con una prudente adaptación pero sin desvirtuar su verdadera esencia.

Por eso la defensa de los antiguos núcleos urbanos no es sólo una necesidad de orden cultural sino que puede convertirse en el punto de apoyo para la evolución de nuestras ciudades y en la reserva espiritual de las mismas, que cada vez van resultando más áridas y deshumanizadas.

El capitalismo desgraciadamente ha venido haciendo todo lo contrario, puesto que las ciudades han seguido siendo juguete de los mayores pero ahora no de monarcas, ni príncipes pagados de su gloria y de su grandeza sino de grupos financieros, de esa «managerial class»

constituida por los altos representantes de los grandes intereses «chairmans» y ejecutivos de las industrias más fuertes, bancos, sociedades de crédito y grandes empresas que hoy, más que nunca ejercen una enorme influencia sobre la evolución urbanística de nuestras ciudades, sin que la política –falta de auténtica base popular y sin el revulsivo de ese tan decantado contraste de pareceres e intercambios de criterios– pueda hacer nada para frenar el proceso, bien por falta de autoridad, bien por ser los políticos parte integrante de esa misma cadena de intereses económicos. Las ciudades son hoy por hoy en el mundo capitalista juguetes en manos de esa «managerial class» y de ese concierto de altos intereses.

Pero en este caso la ciudad entendida como mercado de valores inmobiliarios, como objeto de pura especulación se hace culpable de

graves pecados, que ni siquiera son redimidos por ninguna realización artística de alto nivel como por ventura sucedía en muchas ciudades del pasado donde los poderosos cometían pecados que eran salvados por los grandes artistas que estaban a su servicio. En las ciudades anarco-capitalistas como llamaban los urbanistas soviéticos a las nuestras, con denominación mordaz pero no carente de sentido, la especulación ha llegado a extremos de degradación insoportables. Nuestras ciudades se han hundido como consecuencia del caos estructural y han perdido todo sentido espiritual destruyéndose las posibilidades de vida noble, humana y armoniosa. El juego de los intereses ha sido un juego de fatales consecuencias para la vida ciudadana que ha naufragado estrepitosamente. Desde el punto de vista ético el balance es totalmente negativo, en un grado que no suce-



Hoy las ciudades las construyen los intereses económicos, incluso las del «boom turístico».
El Puerto de la Cruz. Foto A. Suárez y J. Curbelo. Canarias 7.

día cuando las ciudades las construían los emperadores, los papas, los príncipes y los señores del pasado. Hoy las construyen los intereses económicos, incluso los del «boom» turístico.

Entre los muchos y graves pecados de la ciudad anarco-capitalista, que no creo haya superado tampoco la ciudad socialista (si es que ésta existe), no es el menor el de haber desterrado violentamente al niño y al anciano de sus aceras. Nada menos apto para el infante o el vejesto que vivir al pie de un rascacielos, canto del cisne —esperemos— de una época de depravación y horror y al lado del torrente circulatorio, que como río de chatarra, ruido y humo brama por nuestras avenidas.

Frente a esto no caben más que dos situaciones catastróficas: o el niño es víctima y víctima indefensa de una máquina infernal, o ponemos al niño en reservas aisladas de todo contagio impuro, como si se tratara de una especie rara sin posibilidades de pervivencia en el medio fabricado por sus padres.

La ciudad, es juguete de los mayores, se ha construido siempre de espaldas a los niños, pero en aquellas ciudades del pasado los niños podían también jugar y podían sentirse también niños dentro de un marco para seres humanos, donde generalmente resplandecía una imagen consecuente con la dignidad del hombre. Esto último nos parece esencial puesto que antes de que la ciudad se convirtiera en una máquina de hacer dinero y almacenar hombres, ya se trataba de polis griega o de las cives romana, de las medinas musulmanas o de las villas medievales en torno a la abadía o a la Catedral; ya se trataba de las grandes cortes barrocas o de las residencias de los príncipes rodeadas de jardines y fuentes, siempre el hombre procuró aunque muchas veces no lo consiguiera, elevarse sobre sus propias miserias.

En cualquier caso la ciudad intentaba ser algo noble y elevado y por eso mismo educador y el niño cuando empezaba a vivir no podía por menos de asimilar esas imágenes. Nunca como

en los primeros años las facultades perceptivas son más porosas, nunca es mayor la capacidad de asombro, ni las ventanas del alma están más abiertas. Todos recordamos cómo de niños los escenarios y paisajes nos conmovían y parecían grandiosos; todos recordamos imágenes de ciudades que vimos de niños y que al volver a ellas parece que se habían encogido y resultaban mezquinas para nuestra imagen idealizada. El niño capta a veces mejor que el hombre lo grandioso y bello y yo recuerdo con verdadera alegría un viaje que hice a Roma con mi hijo cuando tenía catorce años y cómo no salía de su asombro aumentando con el suyo el mío. En un momento me dijo sin poderlo resistir: «¿pero papá, esto que veo es de verdad?».

Consideramos a veces, creo que con notoria miopía, que al niño basta que le proporcionemos parques y lugares de juego con trampolines, toboganes y columpios, alegres y luminosas escuelas, guarderías cómodas, centros recreativos, campos de deportes en lugares aislados convertidos en verdaderas reservas infantiles. Todo esto es útil, necesario, imprescindible, pero el niño necesita algo más, y no podemos reducirlo al estado de simple párvulo sin más horizonte que el de un gentil animalillo que trisca y salta por los campos. Esto es rebajarlo de condición reconocer sus muchas y muy variadas sensaciones que hacen de él un hombre en potencia que incluso lleva en sus misteriosos mecanismos internos una potencialidad muy superior a la de muchos adultos. Cuando decimos de este o de aquel hombre que es un menor de edad cometemos muchas veces una injusticia contra la innata condición de los niños al compararlo al estado de hombres subdesarrollados: Un niño nunca es un subdesarrollado sino un desarrollado de otra manera; son menores de edad no en el sentido peyorativo con que aplicamos esta expresión a los mayores, sino menores en un sentido simplemente cronológico.

Por eso no creo en las reservas infantiles que parecen el desideratum máximo de los urbanis-

tas filantrópicos. El niño podrá parcialmente vivir en estos ambientes reservados, seguros, fuera de la circulación, podrá en ellos estudiar, jugar y hacer deporte pero también en ocasiones deberá participar de la vida toda, de la ciudad de los mayores, porque yo creo que también el niño a su modo es un mayor de edad y debe hacerse pronto a la ciudad de los mayores, porque aunque no la hayan hecho ellos y aunque haya sido el juguete de los mayores, también es la ciudad de ellos, que son capaces de entender para bien o para mal, de usar a su modo y de tomarla como alimento para su fecunda imaginación.

Dicen que Maquiavelo abrió sus ojos en las callejuelas de Florencia y que así salió de despierto e inteligente. Si nosotros educamos a nuestros hijos en el ambiente aséptico, aislado y reservado de inmensos jardines de la infancia creo que no tendremos muchos Maquiavelos. Cierto es también que andamos bastante escasos de Florencias.

Para terminar diremos, que la civilización es difícil, casi imposible concebirla sin ciudades

que han vivido y viven en la historia, que son un mundo completo. La razón de que las ciudades sean decisivas en toda sociedad, hasta en las de predominio rural —ha dicho Julián Marías— es que son el órgano de la socialización o, si quiere, de la sociabilidad. Una sociedad es sociedad y, sobre todo, es una, gracias a sus ciudades. Las ciudades, pues, como tales, en plenitud de sus atributos, son insustituibles en nuestra civilización. Puede vivirse fuera de ellas, pero siempre contando con ellas, con un apoyo y especial referencia en ellas. Incluso al hombre de la aldea más remota, y sin que se de clara cuenta de ello, puede llegar el consuelo de que existen Roma, París, Pekín o Filadelfia y que en ellas se guarda un sagrado depósito de la humanidad. Porque la ciudad es una aglomeración humana fundada en un solar convertido en patria y cuyas estructuras internas y externas se constituyen y desarrollan por obra de la historia, para satisfacer y expresar las aspiraciones de la vida colectiva, no sólo la que en ellas transcurre, sino la de la humanidad en general.